



“Chasqui” capítulo VI de la novela *Pasos Pesados*

por Gunter Silva Passuni

Un día fui a visitar al Cazafortuna con mi hermano Chusco y me encontré con un desconocido. Me pareció extraño porque las visitas no abundaban en el piso; sin embargo, ahí estaba el bróder. «¿Cómo estás?», le pregunté y contestó igual que ayer. Era delgado, bien parecido y tenía una mirada inteligente. Trabajó unas semanas en el Mamá África, servía copas, limpiaba mesas, luego desapareció.

Lo volví a ver después de un año. Chusco quería estudiar literatura en Lima y yo quería volverme poeta. Cazafortuna nos dio la dirección de Tiago Molina, así es como llegamos a su piso en Magdalena del Mar. Esperamos toda la mañana; ya por la tarde Tiago regresó de la Universidad y nos encontró sentados en la puerta de su edificio con nuestras mochilas. Se alegró de vernos. Le entregué un regalo que le enviaba Cazafortuna, era un pomo de vidrio lleno de huairuros, unas semillas de color rojo con manchas negras. Tiago no supo qué eran. «Son semillas de la buena suerte», le dijo Chusco.



Nos acogió en su piso, le dijimos que estaríamos una semana, pero nos quedamos muy cómodos tres meses. Yo dormía en el sofá y Chusco, en el suelo. Tiago era huérfano, su padre había trabajado para el Estado, así que mientras estudiara recibiría una pensión mensual. Una vez nos dijo que era muy poca plata, por eso trabajaba en un café tres días a la semana. De vez en cuando, solíamos ir a un bar de nombre La Oficina. En las mesas se sentaban mochileros gringos, oficinistas, artistas, estudiantes y muchachos jóvenes como nosotros. Varias veces caían bróderes con sus guitarras de palo que improvisaban versiones de Silvio Rodríguez, Pablo Milanés o Charly García. La Oficina era el refugio de todos los muchachos de mi generación que se sentían amenazados por los cambios y transformaciones que sufría el país. Ahí, en sus mesitas circulares de mármol, con Serge Gainsbourg de fondo, hablábamos de poesía, música, mujeres, pero sobre todo del futuro. Tiago solía decir que el futuro ya había comenzado a devorarnos vertiginosamente.

Yo sospeché que él estaba enamorado de Ana, ella era la única que venía a visitarlo. Después Tiago me confesó de borracho que la necesitaba como un par de terrones de azúcar, para endulzar su vida, para darle sentido al mundo, eso dijo; de borracho podía ponerse romántico, peor que Pablo Neruda. Yo lo escuchaba, sorbía mi ron con sorbete mientras miraba a las flacas, que estaban buenas, entrar en el local. Al rato, llegó Ana; vestía una minifalda coqueta y enana como un bonsái del que salían sus piernas largas y bronceadas. Varios bróderes se quedaron viéndola. Uno de los chicos le pidió su número. «Reconozco a un tonto con solo verlo», le contestó Ana y se sentó en nuestra mesa. Ana era así, no era el tipo de mujeres que se calla; a ella le gustaba debatir, pelear. Hablamos de libros. Ella opinó que la literatura escrita por mujeres solía ser más intimista que la de los hombres, quienes solían concentrarse en las tramas, las estructuras y el lenguaje. Le parecía anacrónico que los hombres no ahondaran en el mundo de los sentimientos. «Prefiero la literatura gay, porque como está en medio de los dos géneros extremos, toman lo mejor de cada uno», dijo Tiago medio en serio, medio en broma, con una sonrisa de oreja a oreja. Chusco comentó que no le importaba si la literatura estaba escrita por hombres o mujeres, que lo importante no era una cuestión de hormonas, sino de auténtica calidad al escribir, tanto en el fondo como en la forma. Para ese entonces, Chusco estudiaba literatura en la UNMSM. Tiago guardó silencio y, como nadie comentó nada, añadió con una mezcla de sobriedad y frenesí: «Además, para mí es fundamental el ritmo de la escritura, que el autor o la autora atraiga y seduzca al lector o lectora desde el inicio hasta el fin de su narración». Ana retomó la palabra y comentó algo más a favor de las escritoras con cierto sarcasmo; ella era así, nunca se quedaba callada. Varios bróderes se acercaron a nuestra mesa e intentaron sacar a bailar a Ana, ella se negó. Luego, le pidió a Tiago que la llevara a bailar. «No sé bailar», dijo Tiago. «No hables tonterías», replicó ella y lo arrastró a la pequeña pista de baile. Yo los observé detrás de mi vaso de ron: cerraron los ojos pausadamente, casi al mismo tiempo, y bailaban al ritmo de la voz rebelde de



Jagger que se introducía por los parlantes. Nadie los miró; aunque entrelazados, en esa pista de baile mal iluminada, parecían crear la mayor pieza de arte. Cuando regresaron, Chusco nos pidió que nos juntáramos, tenía una cámara Kodak insignificante; nos pegamos, Ana estaba entre los dos. Chusco tomó el aparato y ordenó: «Digan Bangladesh». La foto nunca salió, por puro borracho se había olvidado de poner el flash, así que no hay un recuerdo palpable de esa borrachera.

– Unos tragos más, ¿no?

– No, es muy tarde – dijo Tiago.

– Veo dos soluciones – respondió Chusco mientras guardaba su cámara en su mochila.

– Si ves dos, eso quiere decir que estás borracho.

Nos quedamos en una esquina en busca de un taxi, esos patos de bañera, amarillos, de la noche. A pesar de ser de madrugada, encontramos uno. Cuando estábamos entre la avenida Arequipa con Javier Prado, vimos como las prostitutas tomaban las esquinas, como soldados que invaden en tiempo de guerra, maquilladas con las luces fúnebres de los faroles. Esa noche, Tiago durmió en su cuarto con Ana, pero no pasó nada. Apenas pude pestañear, Chusco roncaba como carro viejo. Me quedé con las orejas como antenas, solo los oí conversar, nada más. Mucho después me enteré de que ella salía con un chico de dinero, Tato Ferrara. Su padre era el propietario de una importadora de maquinaria pesada, un hombre poderoso que salía siempre en la sección financiera del periódico. Tato era de pelo rubio, quemado por el sol, con hombros anchos, solía surfear en la playa de la Costa Verde; hubiese sido el modelo perfecto para un catálogo de yates si no fuese porque parecía tener acné permanente en el pómulo izquierdo de su rostro.

Al menos una vez por semana, Tiago almorzaba con nosotros. Chasqui nos había conseguido dos carnés de estudiantes de su universidad. Tenían un comedor que estaba situado en la Ciudad Universitaria, en el cercado de Lima; la comida estaba subvencionada y salía barato comer allí. La primera vez que fuimos, Chusco ya estaba adentro. Pensé que mi corazón, que parecía latir como un coche de fórmula Uno, iba a frenar, pero siguió latiendo con fuerza: la foto que aparecía en mi carné era la de un bróder veinte años mayor que yo, así que tuve miedo de que me descubrieran y no me dejaran entrar. Tiago estaba calmado, conversaba con un chico flaco, moreno, aindiado, que cargaba una pancarta que decía: “¡POR UN COMEDOR GRATUITO Y DE CALIDAD CON AUMENTO DE RACIONES!”.

Cuando entramos, el comedor estaba casi vacío, fue fácil ubicar a Chusco. Agarramos un par de bandejas y las empujamos por las guías de metal. Unas mujeres y hombres rollizos con gorros blancos que parecían barquitos de papel nos iban sirviendo desde el otro lado: primero la sopa, el segundo, el postre, y al final llenaron nuestros vasos con chicha morada. Yo había estado vagando por el campus desde temprano, esperando a Tiago. El aburrimiento me había hecho fantasear con la comida, tenía un apetito de mendigo. Cuando acabé mi ración, le dije a Chusco si



podía conseguirme otra bandeja con comida. «No creo que se pueda», respondió. Tiago parecía preguntarse qué diablos hacía ahí. La mitad de su bandeja estaba llena, me la pasó, argumentó que tenía dolor de estómago. Las otras veces que fuimos comió todo, pero se quejaba de la higiene; empezó a llamar a nuestro comedor La Muerte Lenta. Chasqui regresó a sus clases y yo me quedé comiendo de la bandeja de Tiago. Me preguntó si me iba bien como poeta. Le mentí, le dije que había escrito casi medio poemario.

– Necesitas trabajar.

– Nunca he conseguido algo que remotamente pueda semejarse a un trabajo – le contesté y él me apuntó la dirección de su café.

– Están buscando gente, por si te interesa – dijo.

Lo del trabajo lo estuve pensando varias semanas. Había tres tiendas en la cadena en la que Tiago trabajaba: un café quedaba en San Isidro; otro, en San Borja, y un tercero, en Miraflores. Él laboraba en este último. Un día me envalentoné y escribí mi currículum vitae; no tenía trabajos que poner, así que lo llené con frases como discreción, dedicación, profesionalidad, muy bien organizado y capaz de completar el trabajo a tiempo; en vez de poeta escribí: excelentes habilidades de comunicación. Luego, doblé la hoja en cuatro y la metí en mi bolsillo. Durante la primera mitad del trayecto me mostré entusiasmado y enardecido; durante la mitad final del trayecto, mientras me acercaba al café, me entraron miedos. La pasión por el trabajo se había desvanecido en mí.

Cuando entré al local, estaba convencido de que no tocaría el tema de la vacante. Me sorprendió ver a un hombre con sombrero de cowboy, saco y corbata. Después me enteré por Tiago que era uno de los dueños. Se había parado con las piernas abiertas, como si estuviese a punto de disparar unos revólveres imaginarios. Me acababa de sentar cuando oí un grito. «No hay nada que hacer», dijo el tipo, su sombrero le cubría parte de un ojo. Tiago levantó los hombros, tenía el rostro colérico. Nunca lo había visto así. El dueño se sacó el sombrero y tiró al suelo una montaña de cajas de té inglés. Algunos clientes salieron despavoridos del local mientras Tiago se quedó mirando el techo en una actitud dubitativa; luego, salió del mostrador y empezó a recoger las cajas de té. Cuando el dueño se marchó, yo me acerqué y lo ayudé a crear una pirámide con las cajitas, parecía entretenido, como un juego de niños, pero yo lo noté serio a Tiago, no parecía estar divirtiéndose. Una vez que terminamos, salió una muchacha, parecía que había estado llorando, pues tenía los ojos rojos y el rostro bien maquillado. Sus labios eran de color carmín. Se acercó a Tiago y le susurró algo al oído. No llegué a escuchar qué le decía. «¿Quieres un café?», me preguntó Tiago. «Sí, un capuchino», le respondí. Ordenó en seguida a la muchacha que me sirviera un café con leche y que no me cobrara.

– ¿Qué pasó?

– No te imaginas. – Dijo Tiago mientras limpiaba las mesas con cafés a medio tomar que los clientes habían dejado –. Ana ha entrado a trabajar a la oficina central,



supervisa los tres cafés. Se quejó de una tardanza mía y el dueño ha venido a echarme la bronca.

– ¿Cómo sabes que fue Ana?

– Becky, la secretaria de la empresa, me llamó contándome.

Me senté en la barra y me tomé el café, era el único cliente, pero después empezó a llegar más gente. Reconocí a una narradora de noticias que salía en Panamericana televisión en el noticiero del mediodía. Estaba sola y leía el periódico, se veía más delgada que en la tele. Tiago me indicó que a las seis de la tarde acababa su turno. Lo esperé escribiendo poesía en la parte trasera de mi currículum vitae. No recuerdo si conversamos más o si le leí mis poemas, solo sé que era una tarde más bien melancólica; cuando acabó, se quitó el mandil negro, se lavó las manos y se despidió de la muchacha maquillada. Un bróder entró a cubrir el puesto de Tiago. Salimos a la carrera, afuera estaba Ana; pensé que no me reconocería, pero me saludo con cortesía. Durante un buen rato dejé de existir.

– Becky me contó todo – dijo Tiago.

– A mí no me gustan los chismes.

– No te hagas la víctima, ¿por qué lo hiciste?

– Pareces podrirte en este trabajo de mala muerte.

– No es tu problema...

– Es un trabajo embrutecedor y tu capacidad es mayor. Me da pena por ti, estás malgastando tu vida.

– No es necesario que me tengas compasión.

– Pero...

– Nada de peros, Ana, hasta ahora me las he arreglado muy bien. Ana lo escuchó unos minutos más y sonrió de forma inquieta. Luego, nos despedimos de ella y estuvimos caminando un buen rato por Miraflores, en medio del bullicio triste de aquella tarde.

Al día siguiente, teníamos que encontrarnos en La Muerte Lenta, pero Tiago no apareció. Lo llamé por teléfono varias veces, no contestó; le dejé un mensaje, le dije que si quería tomarse unos tragos, que me llamara. No llamó. Pensé que quizá necesitaba tiempo para reflexionar sobre su situación, así que no insistí. Nos vimos dos meses después. A eso de las nueve de la noche, estaban sentados en La Oficina: Tiago, Chusco, Emma y Bonnie. Emma había conseguido un trabajo en Spin, una revista de rock semanal, nos contó que escribiría artículos y haría entrevistas y que se acababa de mudar a Lima. Estaban reunidos porque Bonnie regresaba a los Estados Unidos en dos días. Cuando llegué, me los encontré a todos tomando champaña. Tiago se paró y dijo que quería brindar por la partida de Bombón19. Así llamábamos a Bonnie, se había enamorado del Perú y le costaba hacerse la idea de regresar a casa, traía una tristeza de mendigo en la cara. Emma, en cambio, parecía feliz; llevaba ropa ligera y parecía una pompa de jabón que alegraba los espacios de La Oficina. Yo también me contagié de su alegría, hasta ese entonces había sentido Lima como una ciudad apretujada y



vieja y ajena. En Cuzco, nos solíamos perder con el Cazafortuna y Chusco por las plazoletas, ferias artesanales, cafetines y complejos arqueológicos. En Lima, mi vida parecía rebotar entre La Muerte Lenta y La Oficina. Chusco iba a la universidad, cuidaba gatos y trabajaba en su tesis sobre Arguedas, mientras que yo tenía más tiempo para pensar. Ese día estaba molesto porque el doctor le había recetado supositorios, tenía una infección en el estómago. «Son enormes, pensé que eran misiles al culo», me comentó Chusco. «Relájate bróder», le aconsejé para intentar calmarlo.

Esa noche no me gustó el sabor del champán, me fui a la barra y me conseguí un ron con cola, le pedí al cantinero un sorbete. Cuando regresé, los observé de reojo a Tiago y Emma, ella le escribía su número en la mano. «Es más difícil perder una mano», le comentó y después le preguntó la dirección del baño. Tiago apuntó con el índice las escaleras que daban al segundo piso. Aproveché la oportunidad para preguntarle por Ana. Me contó que la veía siempre de la mano de Tato Ferrara por la universidad, parecía tener la absoluta certeza de que debía olvidarla. «Si no la olvido, no podré sobrevivir», me confesó. Después se quedó conversando con Emma; no puedo asegurar cuánto rato se quedaron hablando, pero minutos más tarde todos empezamos a bailar. Chusco había encontrado a una turista griega. «Adoro las griegas», me dijo cuando me la presentó. «¿Por la democracia?», pregunté. «No, porque me enseñaron que hay muchos dioses», me contestó. Estaba borracho, le sugerí que bebiera con tranquilidad, no pareció oírme, saltaba como un loco. «Soy un pagano», gritaba. Todos parecían haber ensayado los frenéticos movimientos rítmicos de Chusco, saltaban y coreaban las canciones con la voz en cuello. Intenté besar a Bombón19, pero me esquivó los labios, después me rodeó el cuello con sus manos y me susurró algo en el oído. No capté la primera vez por la bulla, después entendí que quería fumar yerba. Salimos a la calle, prendí una chicharra, se la pasé y ella aspiró con prisa y premura. Luego, apareció Chusco, había perdido a la griega, se acercó a un grupo de flacas. «Perdonen que no las llame señoritas, no tienen la pinta, pero no las conozco todavía», les dijo. «Grosero», le respondió una de ellas, quien tenía acento chileno y llevaba una chaqueta de jean. Nos alejamos un poco y Bombón19 terminó de rematar la chicharra. «¿Tienes algunos poemas?», me preguntó y asentí con la cabeza. Me pidió que se los leyera. Tenía una hoja con algunos apuntes, pero improvisé ahí mismo.

– Eso es lo que voy a extrañar de tu país – me confesó – , justamente todo lo que no logro entender.

Bombón19 era altísima, pero había algo de fragilidad en su rostro. Quise intentar besarla por segunda vez, pero fue cuando vi a mi hermano en el suelo, corrimos en su auxilio. Chusco estaba tirado con las piernas y las manos abiertas, parecía una estrella de cuatro puntas. Un chileno le había dado un puñete y le sangraba la nariz. La novia del chileno señaló que se habían peleado por Arica, Iquique y Antofagasta. Hasta ese



momento, pensaba que la pelea había sido por alguna chica, un duelo por amor, en fin, algo más romántico.

– A ti te regalo Macchu Picchu – le dije mientras Bombón¹⁹ intentaba levantar a Chusco.

– No tienes que – respondió ella.

– Entonces, te cambio Cuzco por Neruda.

– Ya tienen a Vallejo, que es como tener dos Nerudas – dijo la muchacha.

El chileno intervino de inmediato, se insertó en medio de los dos. «Deja a mi polola si no querí ir a la lona, po», me dijo mientras me empujó contra la pared. Antes de recuperarme del empujón, vi a Tiago salir entre la muchedumbre que nos rodeaba y lanzó un puñetazo derecho y rápido que pareció quebrar el tabique del chileno. Este se desplomó en cámara lenta o quizá lo vi así porque la chicharra empezaba a ponerme fumado. «Según la ley de Newton, todos los borrachos caen, las manzanas también», afirmó Tiago cuando vio al chileno en el suelo. Yo ya no quería más trago, pero Tiago nos llevó adentro del local y nos puso una botella de ron con otra de Coca-Cola. «Chupen todo el alcohol que puedan mis guerreros incas, pero mantengan bajo el embarazo de turistas», nos invitó y aconsejó. Ahí mismo nos contó que estaba con plata porque había vendido la estampilla más cara de su colección. En realidad, ahora que lo pienso, nadie hizo un comentario sobre eso porque la filatelia era una cosa que estaba lejos de nuestros mundos, así que nos limitamos a sonreír y seguir tomando. Chusco se quejó de un leve dolor de espalda; «el chileno me hubiera podido matar», dijo. «Primer mandamiento de la ley de dios: No desearás a mujer de bar ajeno», le reprendió Bombón¹⁹. «Algún día, no sé dónde ni cuándo, vas a despertar y ver la luz», sentenció Chusco; luego, se puso hacer bromas que nadie entendía, me preguntó si tenía más wiros y le respondí que no, que me había fumado todo. Tiago ordenó hamburguesas y más alcohol y se apareció con la griega que Chusco había perdido. «Ponle bastante ají al sándwich de Chusco, a ver si así se le pasa la borrachera», ordenó Tiago y obedecí. Chusco empezó a hablar sobre literatura, se veía entusiasmado, se había olvidado de la bronca y del supositorio.

– ¿Qué es Sartre? ¿Un brandy o un coñac? – le preguntó la griega.

– Un escritor que tiene el mismo efecto que el trago – contestó Chusco mientras le quitaba el ají a su hamburguesa con una servilleta de papel.

– ¿Cómo así?

– Provoca náuseas.

A través de la ventana, noté que el cielo de Lima nunca estuvo tan gris como aquella madrugada, me distraje contemplando las formas rugosas y robustas de las nubes por un largo rato; poco a poco mi mente regresó a la mesa. De pronto, Emma sirvió ron cola con rodajas de limón y hielo para todos. Los escuché hablando del azar, del destino y también le contó a Tiago de un proyecto musical que ella tenía en mente, aunque no entendí de qué iba el tema. Observé que él sacó un cubito de hielo de su copa y que levantó el borde de la minifalda de Emma. Recorrió su muslo con el



hielo. Emma se sonrojó. Yo intenté esquivar la mirada, pero vi como Tiago se limitaba a presionar el cubito contra la piel de Emma. «El hielo es escaso en este bar», le dijo ella con un tono tímido. De golpe me sorprendí viendo como Emma le clavaba un beso redondo y atómico a Tiago minutos más tarde. En un momento de lucidez, Chusco sacó una hoja arrugada y amarilla; la había arrancado de una guía telefónica. «He descubierto que hay un médico extranjero llamado Kafka», señaló. Todos nos emocionamos con el descubrimiento, salimos del bar y caminamos dos cuadras hacia abajo. La gente caminaba en zigzag a esas horas; bohemios, curiosos y vagos parecían buscar lo oculto; una que otra puta daba vuelta por una esquina, y un bróder con pinta de rocanrolero le observó con descaro el trasero a Emma. Finalmente, encontramos un teléfono público. «¿Alguien carga consigo una moneda telefónica?», preguntó Tiago. Chusco sacó una ficha de latón y se la entregó. «¿No es muy temprano para llamar?», le respondí con otra pregunta. «No. Nunca es tarde ni temprano para llamar a Kafka» me contestó. Marcó el número y esperó. Todos pegamos nuestros oídos al auricular; de repente, alguien contestó del otro lado de la línea.

– Diga.

– ¿Doctor Kafka?

– ...Sí.

– Le habla una cucaracha – dijo Tiago y colgó con prisa.

Nos quedamos riéndonos un largo rato, Bombon19 y Emma se doblaban en dos mientras la griega no parecía entender un carajo de lo que sucedía. Al cabo de dos minutos, el teléfono timbró insistentemente, pero no nos atrevimos a contestar.

En los meses que siguieron, lo encontré a Tiago bastante feliz a lado de Emma. Ella se había mudado a su piso y, por esas épocas, él aparecía muy poco por La Muerte Lenta. Siempre coincidíamos en la barra de La Oficina, pero Tiago y Emma solían retirarse temprano, por lo general después de un par de copas. Un día se apareció solo, se quedó una hora más de lo habitual, ese día no bebió alcohol. La mesera le sirvió jugo de naranja, señaló que lo había preparado ella misma, pero después sonrió: el jugo había sido servido de un cartón. «Eres una fresca», manifestó Tiago y tomó su jugo sin importarle si fuese natural o artificial, digo, con colorantes y esos químicos que le ponen para que dure meses. Ahí me contó que a él le iba bien en los estudios y Emma estaba alegre con su trabajo en la revista Spin. Relató que ella había entrevistado al bajo de Fosa Común, una banda metal, aunque le había sido difícil reunirse con él por ser el bajista más importante del país. El problema fue que el músico había contestado a todas las preguntas con una seriedad y minuciosidad de científico. Emma pensó llamar a su jefe para contarle que no había chispa en la entrevista, pero en vez de llamar al jefe, en realidad marcó el número del bajista. «Por suerte, el músico se tomó la situación con Coca- Cola y le ofreció otra entrevista», relató Tiago. «Lo más gracioso fue que el bajista confesó que por culpa de sus clases de bajo en la escuela de música no había follado tanto». Esa frase había sido el titular de Spin hace dos semanas y la revista había duplicado sus ventas. Después me contó



que había estado en Mejía con Emma, un viaje relámpago a una playa cerca de Arequipa, que nunca había nadado tanto, a pesar de que el mar estuviese frío.

«¿Esa fue la última vez que lo viste?», me preguntó el tomo por segunda vez. «Sí», contesté. «¿Te suena el nombre del Gato?». «No», respondí. «¿Y Neyra?». «Tampoco». Una luz blanca corría alumbrando todo el pasadizo. Mi celda estaba a la izquierda. Me tuvieron dos días solo con galletas y té. «Agarra tus cosas y esfúmate, ya puedes salir de este centro de detención», me ordenó. «No hay necesidad de barnizar las palabras, jefe», le repliqué. «Una cárcel es una cárcel».

Gunter Silva Passuni es un escritor peruano nacido en 1977, estudió Ciencias Políticas y Jurídicas en la Universidad Santa María La Católica, también tiene una licenciatura en Artes & Humanidades y acaba de terminar una maestría en Literatura y Creatividad Literaria en la Universidad de Westminster. En su colección de cuentos *Crónicas de Londres* (Lima, 2012) vemos que la constante en su obra es la preocupación por captar la identidad latinoamericana, en el conjunto del elemento migrante en tierras anglosanjonas. Y en su más reciente novela *Pasos Pesados* (Londres, 2016) tenemos una obra que aborda el peregrino aprendizaje de un joven llamado Tiago E. Molina y su construcción paulatina de realización personal, ambientado en el Perú de finales de los años ochentas; un Perú sumido en la violencia política, corrupción y terrorismo.

gunter.silva@yahoo.co.uk